

Las emociones en varones destinatarios de Programas Sociales

Por María Alejandra Val¹*

Introducción

El artículo tiene como objetivo presentar algunas indagaciones sobre las emociones de varones que reciben un programa social en el municipio de La Matanza. La idea central que guía nuestro análisis es que las políticas sociales “hacen sociedad” y al hacerlo impactan en el modo en que los varones perciben sus propias vidas, debido a que las intervenciones sociales son producto de “sucesivas tomas de posición del estado frente a cuestiones socialmente problematizadas” (Oszlak y O’Donnell, 1981:5).

Nos parece interesante revisar, a partir de la investigación que venimos desarrollando en el municipio de La Matanza, en qué medida los programas sociales dialogan con la relación que los receptores tienen con el trabajo, en qué medida se altera la identidad y el modo en que perciben una prestación que el Estado diseñada para paliar la pobreza. El Estado, planifica con el objetivo de realizar “una actividad que intenta ensamblar y orientar la acción social hacia la satisfacción de determinados objetivos [...] y le asigna a los actores determinadas posiciones recursos y comportamientos, y se los guía -a través de un ejercicio intelectual de planificador- hacia aquel destino que se supone mejor para el interés colectivo” (Oszlak,1980:11-12). Esta es la razón por la que nos interesa revisar, deconstruir y develar el modo en que una normativa expresada en los programas sociales moldea la vida de los sujetos y, en definitiva, “modelan sociedades deseables” (De Sena, 2016).

Para realizar el objetivo propuesto hemos trabajado con datos primarios provenientes de, por un lado, la encuesta que realizamos en el municipio de La Matanza como parte del Proyecto de Investigación mencionado y, por el otro, hemos analizado siete entrevistas en profundidad a varones receptores de programas sociales entre los años 2018 y 2019 en el mismo municipio.

Presentaremos en primer lugar, una mirada sobre la dominación masculina, en segundo lugar, una breve introducción a las políticas sociales, en tercer lugar, una breve introducción conceptual sobre las emociones y por último, revisaremos las emociones de los varones destinatarios de los programas sociales en el municipio.

La dominación masculina

Robert Connell (1995) plantea que la masculinidad hegemónica es “la configuración de la práctica genérica que encarna la respuestas corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y de la subordinación de las mujeres” (Connell, 1995: 39). Sin embargo, el concepto de hegemonía masculina es un concepto con larga trayectoria y que ha reunido una serie de trabajos de investigación que han colaborado con que se consolide la comprensión de las identidades masculinas (Kaufmann, 1985,1995; Connell, 1995, 1997; Kimmell, 1997; Fuller, 1997, 2001; Valdéz y Olavarría, 1998) las que contribuyen a la idea de que la masculinidad es una construcción social. Por lo tanto nos parece conveniente “deconstruir” y “desnaturalizar” las identidades masculinas con el propósito de que adquirieran una historia, una sociología, una antropología y

1 Universidad Nacional de La Matanza. E-Mail de contacto: mval@unlam.edu.ar



una demografía (Olavarría, 2001:5). De esta manera la “hegemonía masculina” es un concepto logrado a partir del capital social de ciertos atributos propios de un determinado colectivo, con el que se avala y legitima el uso de la fuerza sobre grupos e individuos que se encuentren sometidos por quienes sostienen el modelo social hegemónico. A partir de la ascendencia social, de un grupo sobre otro, se vivencia la dominación de unos sobre otros. La bibliografía consultada sugiere que las distintas formas de masculinidad se han ido superponiendo en el tiempo. No obstante, se ha mantenido la superioridad sobre el género femenino (Connell, 1987).

Para Bourdieu, en la dominación masculina, está el mejor ejemplo de un tipo de sumisión que se ejerce a través de caminos esencialmente simbólicos, una violencia que muchas veces sigue siendo invisible para sus víctimas. Este poder de ser invisible, que ostenta la dominación patriarcal, es una habilidad que logró transformar la historia para naturalizar el comportamiento de los sujetos en sociedad (Bourdieu, 2000).

Naturalizar la diferencia sexual, por ejemplo, implica una determinada cosmovisión que encuentra sus raíces en una cierta topología de lo sexual a través del cuerpo social. Esto ha generado una división de las actividades que responde al binomio masculino/femenino. En virtud de este sistema de categorías homólogas aparecen concepciones como “arriba/abajo”, “derecha/izquierda”, “público/privado”, etc. Estas oposiciones no son casuales, pues se presentan desde niveles en los que, lo orgánico y lo biológico, determinan un sistema que ordena la vida de los sujetos (Bourdieu, 2000). Los seres humanos se han encargado de sexualizar los cuerpos, el espacio y la historia. Esta es la base a partir de la cual se establecen las desigualdades entre varones y mujeres. Dicha desigualdad se extiende a otras esferas en las que el velo paternalista guía las normativas con las que el Estado interviene en la vida de los varones.

En suma “la construcción de las identidades tanto en hombres como en mujeres se expresa en subjetividades y prácticas, constituye la versión actual del sistemas de relaciones que posibilita el “patriarcado”” (Olavarría, 2001:13).

Autores como José Olavarría han observado que la división sexual del trabajo les hace sentir a los varones dignidad y los hace sentir que son capaces. El dinero que los sectores populares obtienen del trabajo los hace sentir que son “proveedores”. Esta idea nace de uno de los mandatos más determinantes de la vida de los varones y es que ellos se deben al trabajo. Éste les da “autonomía” porque los consolida como “jefes de hogar y autoridad en su familia”. Es un mandato que se percibe con “gran presión” sobre todo en los sectores “precarizados” y que cuentan con “menores recursos”. La falta de trabajo ocasiona que los varones vivan una “crisis en su autoestima”. Otro mandato señala que “los hombres deben ser padres para alcanzar así la dignidad de varón adulto”(Olavarría, 2001:13). El autor enfatiza que la paternidad es “lo que le da sentido a su vida” (Olavarría, 2001:13). La paternidad da un nuevo sentido a los mandatos de la masculinidad hegemónica porque como padre se vuelve “responsable”, debe hacerse cargo de la familia y protegerla. Sus emociones deben quedar en un segundo plano para no ser “débil o temeroso” y tampoco demostrarlo a su familia (Olavarría, 2001).

En este sentido la perspectiva feminista, conjunto heterogéneo de movimientos políticos, culturales, económicos y sociales, que tiene como objetivo la emancipación de las mujeres y la igualdad de derechos entre varones y mujeres, nos acerca una mirada desde la que se puede cuestionar la dominación y la violencia de unos contra otros. Desde esta teoría se advierte que el género se presenta de una forma rutinaria que se observa a partir de los gestos corporales y sus movimientos, los que dan lugar a un ser con un género (Butler, 1990).



En otros trabajos hemos detectado (Val, 2018) que los organismos del Estado cuando comunican sus políticas sociales no tienen en cuenta al varón. Por lo general en sus publicaciones no se lee la palabra “varón”, “hombre” ni “masculinidad”. Si bien se presenta a los receptores por su género, el varón, no está presente cuando el Estado describe a la familia, que sí es tematizada como espacio de intervención de las políticas sociales. Estas características que observamos en la comunicación, por un lado, evidencian que el Estado reproduce la feminización de los programas sociales lo que le proporciona a las mujeres un estatus ligado a una idea de que la mujer es madre y familia (De Sena 2014), por el otro, sugiere que el Estado no ve al varón como integrante de ésta o al menos invisibiliza su presencia. Estas formas de comunicar configuran “una determinada estructuración social y una determinada configuración de orden social” (Cena, 2017: 8).

En la historia de América Latina, por lo menos hasta los años 70, momento en que el Estado se constituía en generador del empleo y la riqueza, las leyes, instituciones y normas ordenaban la familia y le asignaban al varón la autoridad como padre proveedor (Olavarría, 2001). Posteriormente la dictadura militar que se propagó en la región, propulsó la aparición de un Estado subsidiario del mercado y de la libre competencia. Dichas acciones generaron cambios en las políticas sociales. Entre ellos: la modernización del Estado, la flexibilización laboral y la precarización del trabajo. Lo que dio lugar a las políticas sociales que buscaban cubrir las necesidades de los más vulnerables.

Olavarría (2001) que ha estudiado el impacto que generan en la vida de los varones, destaca que las familias jóvenes en esa época no contaban con trabajos estables y que en la década del 90 del siglo XX se impulsó y se fortaleció la autonomía de las mujeres y su incorporación al mercado del trabajo. Todo ello llevó a que los varones perdieran el lugar de proveedores exclusivos sobre todo en los sectores populares y en hogares donde las mujeres ejercen la jefatura (Olavarría, 2001). De manera que todo parece indicar que las acciones del Estado afectan la vida de las personas al modificar la intimidad, la vida cotidiana, la subjetividad, la constitución de la familia y las relaciones de género. Estos cambios modifican el modo en que se organiza la sociedad (Olavarría, 2001).

En ese sentido “las estructuras de dominación son el producto de un trabajo histórico de reproducción que realizan algunas instituciones que se interconectan entre sí como la familia, la iglesia, el Estado, la escuela” (Bourdieu, 1998:36) y, podríamos agregar, las políticas sociales. Esta dominación que realizan las instituciones, para Bourdieu (1998), es un tipo de sumisión simbólica que invisibiliza a las víctimas. Se trata de un trabajo continuo que se llevó adelante en la historia de la sociedad a partir de un diseño que configura el orden social. En el siglo XXI existen mecanismos para seguir ejerciendo una “dominación” sobre los sujetos. No solamente sobre las mujeres sino también sobre los varones quienes transitan sus vidas en una sociedad caracterizada por la “violencia simbólica” que insensibiliza y los invisibiliza. Una fuerza simbólica apoyada en disposiciones registradas a partir de un trabajo previo de socialización capaz de ejercer poder sobre los cuerpos. Es una fuerza que actúa y que desencadena disposiciones con las que, los sujetos, asimilan sobre sus cuerpos un mundo simbólicamente estructurado (Bourdieu, 1998).

El poder que ejercen las políticas sociales sobre los cuerpos de los varones les genera una forma de socialización. Esta es la razón por la que es necesario revisar los modos en que los varones sienten en sus cuerpos estas normativas que se incrustan en sus vidas, muy especialmente en la vida de los varones a partir de la dominación que el patriarcado ha ejercido sobre la vida de los sujetos en la historia de la humanidad.



Las Políticas Sociales

Analizar a los varones en estos términos implica también ahondar en las políticas sociales como eventos que pretenden abordar la existencia de un problema ligado con la cuestión social en un momento determinado. Estas intervenciones se diseñan a partir de la normativa institucional y promueven la presencia del Estado, que funciona en base a un modelo de acumulación vigente del sistema capitalista. Desde allí se presentan un conjunto de acciones, omisiones e intereses sobre múltiples actores, los que expresan todo tipo de necesidades: políticas, económicas y sociales. Las que están relacionadas con alianzas y luchas en un momento histórico y cultural determinado. Tiene por función delimitar la inclusión de determinados núcleos poblacionales y marginar a otros (Oszlak y O'Donnell, 1981).

Para Tamayo (1997) “los programas sociales son los objetivos, las decisiones y las acciones que lleva a cabo un gobierno para solucionar los problemas que, en un momento determinado, los ciudadanos y el propio gobierno consideran prioritarios” (2). Este proceso se inicia en el momento en el que se detecta un problema. Al definirlo se constituye en la primera fase del ciclo de las políticas públicas y los directivos concentran y valoran las alternativas. A esta fase le sigue la de formulación de las políticas, en ella se busca la mejor alternativa para definir los problemas. En la práctica, según el autor, el encargado de estas acciones se presenta como un observador que, construye, define, en forma subjetiva y desinteresada los problemas (Tamayo, 1997). Esta es la razón por la que las políticas se desarrollan a partir de la forma en la que ven el problema quienes deciden a partir de “herramientas políticas (consultas, reuniones, intercambios de información, negociaciones) y posteriormente con técnicas instrumentales: fijación de las fronteras del problema, cuantificación del número de afectados, comprensión de sus posibles ramificaciones y evaluación de la gravedad e intensidad del problema” (Tamayo, 1997:5).

El autor sugiere que la forma en que se define el problema tiene consideraciones políticas que tiene en cuenta a quiénes se beneficia y a quiénes se perjudica y en qué medida los afecta. Destaca que no se llega a analizar todos los problemas que padece la sociedad. Algunos quedan sin describirse porque existen sesgos que obstaculizan la posibilidad que tiene un directivo de ubicar las dificultades que viven algunos grupos sociales. Para el autor se trata es de superar “las barreras de la desigualdad de poder, las barreras culturales y las barreras a la innovación” (Tamayo, 1997:5).

Esto opera en una sociedad en la que el Estado define las políticas sociales, según Danani (2004), como intervenciones sociales que se orientan (en el sentido de que producen y moldean) directamente a las condiciones de vida y de reproducción de la vida en los grupos sociales. Para la autora operan en la distribución secundaria del ingreso (Danani, 2004).

Las políticas sociales, desde la perspectiva de Scribano (2007) operan como mecanismos de soportabilidad social, prácticas hechas cuerpo. Las que se presentan como escenarios en los que “la vida social “se hace” como un-siempre-así” (Scribano, 2007:3). Desde la teoría social, Scribano (2007) redefine cuerpo como la relación dialéctica entre un cuerpo individuo, un cuerpo subjetivo y un cuerpo social. El cuerpo individuo es el resultado de la articulación entre lo orgánico y el medio ambiente; el cuerpo subjetivo es el resultado de la autorreflexión, en el sentido del “yo” como un centro de gravedad por el que se tejen y pasan múltiples subjetividades y el cuerpo social que es lo social hecho cuerpo (Scribano, 2007). De manera que desde esta perspectiva las lógicas de regulación estructuran los cuerpos y las sensaciones y de esta manera se apropian de las energías corporales (Scribano, 2007).



En la Argentina, en los últimos años observamos que, las intervenciones que el Estado realizó a través de las políticas sociales, se materializaron en los Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos (PTCI) que forman parte de las políticas masivas que buscan combatir la pobreza (De Sena, 2018). Los PTCI son modos de intervención social ante situaciones económicas que operan en el vínculo del Estado con el mercado. Se caracterizan por la transferencia de una suma de dinero a una cuenta bancaria a la que acceden las familias en situación de pobreza, en las que los adultos tienen a su cargo hijos menores de edad o en hogares donde hay una mujer embarazada (De Sena, 2018).

Según De Sena (2018) los PTCI operan en la actualidad en más de 18 países de la región y benefician a más de 25 millones de familias lo que equivale a 113 millones de personas. Añade que el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) considera que estos programas no han logrado modificar la pobreza estructural (De Sena, 2018).

La bibliografía consultada advierte que la sociedad contemporánea está caracterizada por un fuerte patriarcado que opera en la vida de los sujetos, en muchos casos y no solamente, a partir de los programas sociales que se diseñan desde el Estado. Los que surgen como una forma de paliar los problemas de los sujetos que viven en los Estados-Nación. Éstos en Latinoamérica se caracterizan por responder con los lineamientos de los organismos internacionales que diseñan la pobreza y la subjetividad de las personas de manera preocupante. En un contexto en el que se mira a los varones como los únicos responsables de la violencia sin ver que son, en todo caso, los más perjudicados por el capitalismo, la única forma de violencia de la sociedad contemporánea.

El “trabajo” un bien escaso

El Estado que diseña estas políticas pertenece a un mundo, quebrantado por un capitalismo que utiliza a la “violencia” como la herramienta del mercado. Desde allí aparece como garante de los mercados neoliberales a través del uso de la seguridad y la vigilancia. Esto generó que los Estados-nación se hayan convertido en Mercados-nación. Según Sayak Valencia, éstos operan en una red que tiene como fin la protección del capital. Lo que hace posible que los sujetos determinen su identidad por el consumo dando lugar a que el capitalismo cree identidades y subjetividades propias relacionadas con la violencia (Sayak Valencia, 2010).

En este contexto caracterizado por “violencia simbólica” es bueno recordar la importancia del empleo asalariado en la vida de los varones. Para Castel, la identidad social se define a partir de la posición que un sujeto ocupa en el mundo del trabajo asalariado. El autor señala que el origen del salario es la industrialización, lugar en el que se establece la relación salarial moderna. Ésta supone un modo de retribución de la fuerza del trabajo. El autor considera que el salario es la “retribución próxima a un ingreso mínimo que aseguraba sólo la reproducción del trabajador y su familia y no permite invertir en el consumo no imprescindible” (Castel, 1995: 273). Este panorama ha cambiado a partir de la modificación del rol del asalariado. El trabajo como una actividad cultural ha sido reemplazado por el consumo sobre todo entre los grupos más desfavorecidos y marginados (Sayak Valencia, 2010). Este cambio cultural lleva a una nueva subjetividad que, Sayak Valencia, advierte funciona como un mecanismo de autoafirmación que los varones utilizan. De este modo, la “violencia económica” se materializa en trabajos mal pagos, falta de oportunidades, ausencia de servicios sociales, marginación social y los negocios transnacionales.



En referencia a este panorama autores como Antunes (2005) plantean que la lucha de clases se expande en forma global hacia un proceso de “reterritorialización” y de “desterritorialización”. Esto da lugar a que los trabajadores reconfiguren la lucha bajo configuraciones “internacionales” a partir de “mecanismos mundializados y dispone de sus organismos internacionales”. Esto da lugar a nuevos conflictos como los que se dan entre “los trabajadores nacionales e inmigrantes” (Antunes, 2005:106-107).

En Argentina, según Gago, “la participación mayor del estado tras el declive de la legitimidad neoliberal y el aliento a un consumo masivo han cambiado en los últimos años el paisaje neoliberal”. En su libro Verónica Gago advierte que se pasó de “la miseria, la escasez y la desocupación” y de “todas las formas de lucha y resistencia” a una cierta forma de “abundancia que se encuentran con nuevas formas de vivir el consumo, el trabajo, la empresariedad, la organización territorial y el dinero” en territorios en los que se presenta “una serie de economías barrocas que rearmen una nueva dinámica política de desborde del propio neoliberalismo, cualificándolo de un modo nuevo” (Gago, 2014: 11).

Ante este panorama es importante mencionar que los programas sociales han sido una “respuesta” a los problemas del desempleo. En ese sentido Estela Grassi que, ha estudiado las políticas de asistencia en el desempleo y la pobreza, afirma que el neoliberalismo interpeló el sentido común cuando dejó en el olvido al trabajo o la mercantilización de la fuerza del trabajo (Grassi, 2003). Al hacerlo la política de empleo transfiguró al trabajo como un recurso de asistencia. Grassi señala que “se trata como políticas de asistencia a los planes y programas que el gobierno y los especialistas han denominado como “políticas de promoción del empleo”” (Grassi, 2003:265).

Por lo que pensar el trabajo, después de la crisis de los años setenta cambió la forma en que el “Estado social” comenzó a caracterizarse con una creciente desocupación, precarización de la fuerza de trabajo, estrechamiento de los regímenes de la seguridad social, procesos de desindustrialización de los países desarrollados y pérdida de poder de los sindicatos. Lo que rompe con la idea de sociedad del trabajo. Por otro lado, como señala De Sena “a partir del desajuste en las políticas respecto al desempleo o reconversiones” las políticas sociales “comenzaron a realizar diversas intervenciones” señala el caso de los “microemprendimientos” (De Sena, 2018:31-32).

En suma estos programas se definen por la relación que establecía el beneficio y no por la actividad productiva o de servicio en la que se incluye a los trabajadores (Gassi, 2003). Para la autora no es la misma categoría la de beneficiarios que la de empleados. Porque la primera categoría habla de carencia que el estado suple y esto no distorsiona el funcionamiento del mercado del trabajo (Gassi, 2003). Define a las “políticas de empleo” como acciones normativas e intervenciones económicas dirigidas a incidir en el mercado. Se trata de una política capaz de alterar las reglas naturales con la autoridad del Estado que impone. Tiene como finalidad aumentar el número de puestos de trabajo y busca ampliar las áreas de servicio para establecer condiciones de uso de la fuerza del trabajo (Grassi, 2003). Las distingue de las “políticas de asistencia” como acciones normativas e intervenciones disgregadas y coyunturales que cumplen objetivos puntuales y diversos. No se vinculan con el funcionamiento del mercado del trabajo.

Gago advierte que ser beneficiario de un subsidio se convirtió en garantía de deuda porque reemplaza la tradicional acreditación del trabajador formal. Bancarizar los “subsidiarios al desempleo individualizó una relación” que implicó “coordinaciones colectivas” que generó “un campo de fuerte disputa con “punteros” entre los “partidos políticos y los intendentes”. Son según la autora “las mismas herramientas con las que se captan y capturan la disciplina migrante de laboriosidad” (Gago, 2014: 214-215).



En este contexto los varones, siguen buscando su lugar como “proveedores” para su autoafirmación. Para la filosofía la subversión del significado del trabajo se basa en el “posfordismo” caracterizado por un intenso desprecio hacia la cultura del trabajo y la clase trabajadora (Sayak Valencia, 2010).

El último cambio que observamos ha caracterizado la vida de los varones es la feminización del mercado de trabajo. Esta mutación es para Antunes significativa ya que consolidó un aumento significativo en el trabajo femenino. En muchos casos el “contingente femenino superó al masculino en la composición de la fuerza de trabajo”, ahora bien, cuando se trata del tema salarial el autor señala que esta relación es inversa (Antunes, 2005). Ante esto el trabajo masculino se concentra la mayoría de las veces en las unidades donde es mayor la presencia de capital intensivo (con máquinas más avanzadas) y de gran desarrollo tecnológico. Al analizar la categoría “género” se observan interacciones entre este y la clase social a la que pertenece un sujeto. Esto permite observar que las relaciones de género tienen implicancias en el análisis de las relaciones de poder. Antunes cita a Joan Scott quien afirma “que esa relación permite la percepción de dos dimensiones, a saber: el género como elemento constitutivo de las relaciones sociales, basado en las diferencias perceptibles entre los sexos; y el género como forma básica de representar relaciones de poder en las que las representaciones dominantes están presentadas como naturales e incuestionables” (Antunes, 2005:99). Señala que “el capitalismo ha sabido apropiarse desigualmente de esa división sexual del trabajo” y se benefició desde la organización que se establece en la sociedad, desde la familia y desde la escuela. La que se organizó sexuada lo que hizo posible que la capacitación fuera en forma diferente para lograr el “ingreso en el mercado de trabajo”. Reconoce que los cambios operados en el trabajo femenino hizo posible que también se apropiara de una de las características “la polivalencia y multiactividad” que las mujeres fueron experimentando al realizar “actividades realizadas en la esfera del trabajo reproductivo y del trabajo doméstico” que se afianza como “niveles más profundos de explotación” (Antunes, 2005:100).

A la vez que los varones muestran más dificultad para adaptarse a las nuevas dimensiones polivalentes. En suma según Antunes el “capital logró convertir el trabajo emancipador de la mujer en “opresión masculina” y “fuente de más intensa desigualdad” (Antunes, 2005:100). El autor construye con clarividencia el fundamento de esta desigualdad al revelar la siguiente idea:

Si el primer y monumental desafío -la emancipación de la humanidad y la creación de una asociación libre de los individuos”- es una tarea de los hombres y de las mujeres que trabajan, de la clase trabajadora; la emancipación específica de la mujer con relación a la opresión masculina es decisiva y prioritariamente una conquista femenina para la real y omnicompreensiva emancipación del género humano, a la que los hombres libres pueden y deben sumarse, pero sin la función de mando y control (Antunes, 2005: 101).

En suma, tomando como idea central la de Antunes creemos que es un desafío para los sujetos que trabajan es consolidar una humanidad libre de la lógica capitalista que oprime a las personas. Como parte de la sociedad los varones deberían sumarse a la emancipación que lleva adelante la mujer ante la opresión masculina porque al hacerlo, éste acto, se transformaría en el objetivo del género humano. El que debería tener como norte enfrentar los Mercados-nación, los que operan en una red con el fin de proteger el capital.



Una sociología de las emociones

Tal reconfiguración de la noción del trabajo opera notablemente en la subjetividad de los varones que habitan la Argentina. Para analizar este escenario es necesario utilizar otras herramientas capaces de observar la subjetividad de los varones y la “naturaleza de las emociones humanas” en su complejidad (Bericat, 2012). La sociología de las emociones estudia lo emocional. Su objeto de estudio es establecer relaciones, nexos entre la dimensión social y la esfera emocional del ser humano. Se trata de analizar los afectos, las emociones, los sentimientos y las pasiones presentes en la realidad social (Zamora y Mansilla, 2017). La expresión corporal de los sujetos y el modo en que se vivencia o se percibe en el interior el cuerpo logra concientizarse durante un momento. Con el propósito de regular las relaciones que un sujeto mantiene con el mundo. Esto implica que el sujeto valore un hecho del mundo (Bericat, 2012).

Investigar las emociones, según Kemper, no es otra cosa que conocer una compleja y organizada predisposición a participar en ciertas clases de conductas biológicamente adaptadas. Estas se caracterizan por unos peculiares estados de excitación fisiológica, sentimientos o estados afectivos, receptividad y pautas en las reacciones expresivas. Estas reacciones expresivas son estados evaluativos positivos o negativos que se sienten por espacios relativamente breves cargados de “elementos fisiológicos, neurológicos y cognitivos” (Bericat, 2012:1-5).

Algunos autores clasifican las emociones en, primarias, producto de las respuestas fisiológicas, evolutivamente relevantes, biológicas y neurológicas innatas y, secundarias, que surgen de combinar a las emociones primarias con la cultura en la que el sujeto se establece socialmente condicionado por el significado cultural. Ejemplo del primer caso son: el miedo, la ira, la depresión, la satisfacción, la felicidad y la aversión; del segundo caso son: la culpa, la vergüenza, el amor, el resentimiento, la decepción y la nostalgia (Bericat, 2012).

Otros destacan el impulso corporal como deseo sexual. Consideran que las emociones reflejas son el resultado de una reacción de corta duración al entorno inmediato ya sea físico o social. Es el caso de la ira, el miedo o la alegría. En tanto llaman “emociones reflexivas” a las ‘emociones morales’ que implican sentimientos de aprobación o desaprobación y están vinculadas a las lealtades afectivas como el amor, el respeto o la confianza. Se destaca el “humor” como el estado afectivo duradero que se caracteriza por ser poco intenso y porque no tienen un objeto específico (Bericat, 2012).

Al comprender una emoción podemos comprender la situación y la relación que la produce. Esta es la razón por la que describir, explicar y comprender un fenómeno de la realidad nos obliga a recurrir al estudio de las emociones. Al estudiar la naturaleza social de las emociones se estudia la naturaleza emocional de la realidad. Si buscamos comprender las emociones de los varones debemos revisar una pauta relacional. Por ejemplo, la relación que se establece entre el varón y su entorno, con los otros con el mundo social (Bericat, 2012).

Los procesos sociolingüísticos colaboran en el análisis de este campo de indagación. Lo que contribuye a comprender, situar y asimilar la experiencia emocional. Requiere además de un análisis y de la toma de conciencia por parte de un sujeto que le otorga significado a la sensación de la experiencia emocional en sí misma. En este sentido la cultura emocional modula la intensidad y otorga cualidades morales a la experiencia, delimita el objeto y la forma en que aparecen las reacciones en relación al contexto y la situación comunicativa (Zamora y Mansilla, 2017).



Para Scribano (2009) las formas de regulación de las sensaciones se evidencian a través del cuerpo afirma que “lo que sabemos del mundo lo sabemos por y a través de nuestros cuerpos, lo que hacemos es lo que vemos, lo que vemos es como di-vidimos el mundo. En ese “ahí-ahora” se instalan los dispositivos de regulación de las sensaciones, mediante los cuales el mundo social es aprehendido y narrado desde la expropiación que le dio origen a la situación de dominación” (Scribano, 2009:5).

En el apartado siguiente se expone lo observado en nuestra investigación en el que hemos analizado, a partir de la encuesta que realizamos en el partido de La Matanza durante el año 2018, los resultados de un trabajo cuantitativo con el que se describe, en parte, a los varones que habitan el municipio. Por el otro, de un trabajo cualitativo a partir de las entrevistas que le realizáramos a varones receptores programas sociales que viven en el municipio.

Resultados

Los varones entrevistados viven en distintos barrios de La Matanza, muchos han llegado en los años 70 y otros en los 80. Los diferentes gobiernos democráticos no pudieron erradicar la pobreza y fueron sistemáticamente implementando programas sociales como acciones estatales que inciden en el consumo familiar de los alimentos. Los varones del municipio de La Matanza que crecieron en esta región no han tenido garantizada la “Seguridad Alimentaria (FAO)” y los sectores con menos recursos han vivido en “condiciones de mayor vulnerabilidad”. Estas condiciones fueron “moldeando cuerpos débiles desde tempranas edades” (Lava, 2014:96).

Desde lo cuantitativo surge que el 13 % de los varones no trabaja porque dicen que es difícil encontrar un empleo y más del 50 % son jubilados. El 30 % trabaja por cuenta propia. Un 10 % realiza tareas relacionadas con el comercio y un 8% son conductores de automóviles, camionetas o motocicletas. El 6% se ocupa de realizar tareas relacionadas con los mandados y las changas. Otro dato que arroja la investigación es que el 60 % de los varones encuestados son extranjeros.

Desde lo cualitativo, a partir de las entrevistas realizadas, los receptores de programas sociales mencionan haber percibido: el programa “Argentina Trabaja” y su reemplazo el “Hacemos futuro”. Expresan que, para cobrarlo, tenían que presentarse a trabajar ciertas horas por semana a un lugar del municipio. Los varones de más de 50 años, en su mayoría cuentan detalles del barrio y describen los cambios evidenciados por el paso del tiempo.

Los relatos de los entrevistados parecen configurar “el carácter duradero de un personaje” a partir de su “identidad narrativa” desde la que se construye una “identidad dinámica propia de la historia contada” (Ricoeur, 1999:218). Desde esta perspectiva observamos que cuando se les pregunta en las entrevistas a los varones ¿qué hacen? los entrevistados responden con dudas sobre su propia actividad:

estoy trabajando ahora. Estoy... Yo trabajo... Estoy cobrando un plan social de cooperativa. Pero como yo estuve, digamos... Trabajo así que no voy yo a ahora vio que salió por la ANSES, tenés que ir, presentar. Bueno. Estoy estudiando yo. Para cumplir la hora” (Varón, 61 años, Casanova).

En el relato la identidad del varón trabajador, discute con la de alguien que se siente en el “ahí”, en el sentido scribaniano, como alguien que recibe un dinero porque lo “cobra” porque es “receptor” de un programa social. Su relato se mezcla con la entidad que nuclea a los jubilados “ANSES” lo que posiblemente se relacione con que el



entrevistado ha pasado los 60 años, una edad cercana a la de las personas que ya piensan en jubilarse y dejar de trabajar. A la vez dice “*estoy estudiando*” un relato que siente no le pertenece y que en su contradicción interna le obliga a decir “*para cumplir la hora*”.

Esta inconsistencia en el relato que es advertida por el propio sujeto se contradice con la “identidad de los varones entendida como la posición de alguien que se “supone o se busca”” (Val, 2017:114). Lejos están estos varones de sentirse bien cuando sus relatos muestran que no se reconocen a sí mismos. Considerar que alguien puede estar cómodamente en el mundo confundido olvida el valor del concepto de identidad que caracteriza a alguien “inmutable que no cambia a lo largo del tiempo” (Ricoeur, 1999:215). Al mencionar que cobra “un plan social de cooperativa” se inscribe en un colectivo con otros que hacen lo mismo.

En ese sentido, los entrevistados al referirse a sus vecinos relatan que:

“hay gente que trabaja y gente que... que estaban trabajando y gente que no”
(Varón, 61 años, Casanova)

Aquí el trabajo aparece para dividir a estos colectivos a partir de lo “no dicho” que, según Angenot (2010), opera en el discurso para enfatizar, en este caso, sobre el deseo de trabajar, más que en la posibilidad o imposibilidad de hacerlo.

Respecto de si conoce que hay vecinos del barrio que cobren programas sociales los entrevistados expresan:

“en el barrio esto está sembrado por todos lados, por todos lados el que no está en esta cooperativa está en la otra cooperativa esteeee reglamentadas a lo último, porque hay cooperativas que levantaron a lo último para apalear la crisis esta... (Varón, 63 años, Laferrere)

Al expresar “*está sembrado por todos lados*” manifiesta la extensión de su barrio como un todo en el que todos cobran un programa social. Este todos supone también reconocer en el relato de los varones que perciben programas sociales la presencia de la “cooperativa” como el símbolo que los congrega:

e: Y ¿cuándo empezó a tener el plan éste?

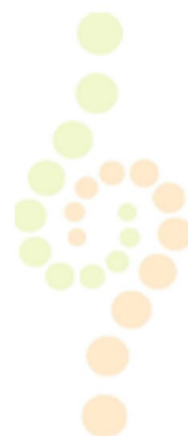
E: El plan éste, empecé a tener en el 2009. Sí. Había... estaba... también salí, en ese tiempo tuve problemas yo...

e: usted me estaba diciendo que en el 2009 empezó con este...

E: Con la.. Sí, con la cooperativa. Y de ahí continué hasta ahora. (Varón, 63 años Isidro Casanova).

Gago (2014) advierte que en Argentina se evidencia un agrupamiento transnacional que logra trasladar las prácticas culturales del Altiplano donde las personas trabajan en una comunidad familiar. La autora confirma que en 2008 la justicia falló en favor de una nueva “organización del trabajo” desde un argumento que invoca una “Justificación culturalista que, en nombre del reconocimiento de una tradición, reivindica y ampara la excepcionalidad de las formas laborales” (Gago, 2014: 160). Este fallo justifica la aparición de las llamadas cooperativas que congregaron a personas que necesitaban salir de la indigencia, que vivían en lugares precarios y que compartían la misma militancia política.

Es interesante observar como para acceder al programa social el varón debía estar vinculado con alguien que conociera a alguien que tuviera la posibilidad de anotarlos. En este sentido la política se entremezcla en los relatos como vínculo con el poder. En los



relatos se confirma que el acceso a un programa social es a partir de una buena relación con otros:

“Una compañera, también, de militancia y.. emm. Sabía que... la conocí por medios de otro compañero. Bueno el viene y me dice: “Bueno, tengo una reunión.” Viene, dice... “andás sin trabajo, mirá que están anotando” y bueno. Bueno. Me anoté, yo, ahí, y sí, salí, y ahí empecé” (Varón, 63 años Isidro Casanova).

Tal parece que la misma militancia política hizo posible que llegara a sus oídos el “*están anotando*”. El “rumor” en los términos de Angenot (2010) para quien esto opera como discurso social. El que anota es lo que Sayak Valencia llama el “emprendedor” persona que identifica una oportunidad de negocio o que empieza un proyecto por su propia iniciativa, en este caso, ligado a la militancia política. La persona encargada de congrega a otras personas con las que formaría la “cooperativa”.

e: ¿Cuánto hace que esta con el “Argentina trabaja”? E: Y con eso estoy ya hace 8 años, prácticamente desde que arrancó. Yo estaba trabajando (el entrevistado dice dónde trabajaba y quien era esa persona) era uno de los muchachos que estaba con el emprendimiento los planes. Él era el encargado de juntar algunos compañeros que quisieran, y un día me ofreció, Mirá esto es así y así, querés trabajar? Agarré y lo acepté, y cómo a los dos meses me llamaron. Me mandaron a trabajar (el entrevistado dice dónde lo mandaron a trabajar) (Varón, 57 años, Isidro Casanova).

Aquí aparece el “*a trabajar*” como bien lo expresa el entrevistado “*prácticamente desde que arrancó*” ya se ofrece en sí mismo como lo que no es solo que con mucha claridad se dejan en claro las pautas “*esto es así y así, querés trabajar?*”

Desde este “nosotros” que teje relaciones con los “otros” con quienes se comparte una cultura se evidencia en el relato de los varones entrevistados la preocupación por los niños del barrio

“hay muchos chicos ahora que están en la calle...saliendo a juntar botellas... como le dicen los botelleros con su carrito” (Varón, 60 años, Isidro Casanova).

En cambio los varones más jóvenes observan desde un relato muy cercano a, su propio pasado, el presente de los jóvenes en su barrio

“Mi barrio ahora, mal, porque hay chicos que están creciendo a lo quince años roban (Varón, 28 años, Laferrere).

Aquí la preocupación por los niños se relaciona con el rol de emprendedores en los términos de Sayak Valencia para quien la figura del “emprendedor” es la de una persona que identifica una oportunidad de negocio o que empieza un proyecto por su propia iniciativa. El termino así definido advierte sobre las prácticas que se incorporan a la economía activa (Sayak Valencia, 2010).

En otras investigaciones hemos observado que “el trabajo es una forma con la que los varones se identifican al hablar y es un modo de sentirse orgullosos” (Val, 2018:74) aquí el rol de proveedor aparece en relación con la política social como trabajo. Muchos entrevistados hablan de su preocupación por los niños, estos aparecen en sus relatos como parte del paisaje de sus barrios. El relato tiene un tinte de preocupación que termina con otros relatos que se relacionan con emprendimientos solidarios personales:



E: “eso salió, cosa de nosotros hacer el merendero”

e: Claro. y ¿quiénes van al merendero?

E: Son chicos, tenemos... nosotros ahora tenemos quince chicos.

e: Ajá. Siempre del barrio.

E: Sí. Del barrio. Sí, del barrio, y se van sumando. Se suman. (Varón, 61 años, Casanova).

Aquí el emprendimiento se relaciona al trabajo social y que tiene en el “nosotros” a un grupo que se ocupa del tema.

“Más que todo para que vengan los niños siempre se buscó que sean talleres y yo creo que con los talleres se va a apoyar más que todo a los niños ¿no? Se hacen talleres, apoyo escolar, eso que hace falta al barrio. Estaría bueno que se haga también la salita, o el jardín. Pasa que no tiene por acá...” (Varón, 32 años, Laferrere)

Se evidencia que hay una búsqueda por realizar esta actividad. Desde esta perspectiva un “emprendedor económico” debe hacer también de “emprendedor político” el que opera como un especialista que logra activar relatos y relaciones. En el caso que no tenga la posibilidad de relacionarse políticamente deberá requerir a un especialista que controla los modos de acercarse a quienes sean capaces de implementar técnicas y objetos que los conecte con quienes puedan favorecerse de las líneas de poder (Sayak Valencia, 2010).

“ya van a caer muchos políticos. Nosotros no queremos ir al político. Si usted va al político, usted siempre va a ser furgón de cola. Pero, si ellos le vienen a buscar... bienvenido sea, pero ellos tienen que aportar” (Varón, 61 años, Casanova)

Aparece en el relato la relación con el poder político como una forma de negociar la que un emprendedor conoce porque lleva muchos años relacionándose con los “otros” emprendedores políticos.

Cuando se les pregunta a los varones entrevistados, ¿qué tienen que hacer para cobrar el plan?, aparece en los relatos el nombre del programa y lo que tenían que hacer para tenerlo:

“Es de “Argentina trabaja”, trabajas cuatro horas y la remuneración es de cuatro mil pesos mensuales” (Varón, 63 años, Laferrere).

Otros relatos describen la cantidad de días de la semana

“yo todas las mañanas trabajo en plan social, estoy hasta las diez once de la mañana, entro a las siete, son cuatro horas y después vengo y sigo acá” (Varón, 57 años, Isidro Casanova).

En los relatos cuentan qué tareas realizan:

“La gente que limpia la calles, le dan los chalequitos y salen... estamos hablando en el barrio” (Varón, 63 años, Laferrere). “Nos mandaron cementerio a pintar todo. Teníamos que pintar por afuera, por dentro estuvimos casi dos años ahí” (Varón, 28 años Laferrere).

Los entrevistados internalizan el plan en sus cuerpos “en ese “ahí-ahora” se instalan los dispositivos de regulación de las sensaciones” (Scribano, 2009:5) “estuvimos dos años ahí” desde un “nosotros” que habla de muchos con los que compartió ese “estar ahí”.



“Ese fue mi primer trabajo, y ahí arrancamos de cero. Bueno ese fue mi primer destino. Y ahí arrancamos de cero para hacer la plaza, ahora es una plaza bárbara... Ese fue mi primer objetivo y después estuvimos haciendo la plaza (el entrevistado nombra la plaza que construyeron) anduve la verdad por un montón de lugares cumpliendo con las tareas comunitarias, tuvimos ahí como cuatro o cinco meses. Y todo ese tipo de trabajo, ahora por ejemplo estamos cortando el pasto y haciendo pinturas en los colegios (Varón, 57 años, Isidro Casanova).

Efectivamente los entrevistados sienten que realizaron un trabajo por lo que teniendo en cuenta que “la identidad social se define a partir de la posición que un sujeto ocupa en el salario” (Castel, 1995:273) se percibe que los varones pierden su identidad social porque el salario no está presente en la relación con el trabajo.

“Bueno después cuando ese programa de Argentina Trabaja se pasó bueno ahí ya cobré dos meses sin trabajar hasta que estemos bien organizados y ahí me mandaron a un cementerio a pintar todo a un lugar municipal a un espacio del estado. (Varón, 28 años Laferrere).

Los espacios a los que iban a trabajar los beneficiarios de programa sociales, durante cuatro horas, tres veces por semanas pertenecen al municipio. De manera que los beneficiarios de programas sociales utilizaron la fuerza del trabajo para el municipio. Esto indica que el programa social se establece como una “ayuda” para salir de la indigencia y al mismo tiempo reactiva el mundo laboral.

Lo primero que se observa es que sienten que realizan un trabajo. Tal parece que si no perciben vacaciones, no tienen obra social, no pueden faltar y no es una “changa” que se cobra en el momento muy probablemente lo que hacen no es un trabajo. Es un programa social diseñado como política pública para asistir a las personas. Los entrevistados tienen que hacer algo más para vivir porque el “plan” no es suficiente

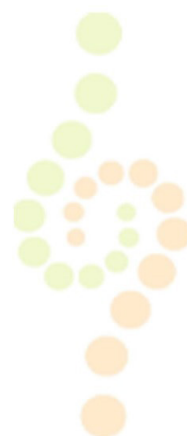
“yo todas las mañanas trabajo en plan social, estoy hasta las diez once de la mañana, entro a las siete, son cuatro horas y después vengo y sigo acá, porque te imaginas que con un plan solo no puedes hacer nada, porque quedó bajísimo eso, pero bueno, es una ayuda para pagar por lo menos la luz y alguna que otra cosita (Varón, 57 años, Isidro Casanova).

Al considerar que el “plan” es un trabajo se observa que los entrevistados experimentan que el dinero que perciben al cobrar un programa social es como si estuvieran trabajando. La norma en este caso hace sentir a quien recibe el “plan” que para obtenerlo debe hacer cierta actividad la que su cuerpo experimenta como trabajo en los términos de Scribano “lo que sabemos del mundo lo sabemos por y a través de nuestros cuerpos” (Scribano, 2009:5).

Esta sensación de trabajo se vincula a la resignación con la que expresan

“...pero yo mal no estoy tengo una obra social...estoy cubierto digamos, no es mucho pero es tener la seguridad de por lo menos una obra social y una ayuda” (Varón, 57 años, Isidro Casanova)

A la vez que el registro de que “por lo menos...y una ayuda” aparece en el relato tal como lo señala Scribano y De Sena (2018) evidenciando “la relación del Estado que moldea a un sujeto ayudado” (Scribano y De Sena, 2018:278).



Los varones jóvenes también se sienten ayudados:

“me acuerdo de estar en los primeros años y que se hable del progresar. Que yo lo empecé a cobrar en el segundo año de la carrera...el progresar ayuda mucho... también tenés la sube subsidiada, entonces, indirectamente también el transporte se alivia, entonces es eso, es una ayuda. Que te ayuda a que vos puedas seguir estudiando” (Varón, 22 años, San Justo)

El sujeto se sujeta del programa social para poder “seguir” son “formas de una sujeción indeterminada que se hace hueso y elabora los puntos de partida de las políticas de las sensibilidades: los sentidos y las sensaciones” (Scribano y De Sena, 2018:278). De esta manera las políticas sociales del siglo XXI son la consecuencia de las políticas públicas entendidas como una “ayuda” como efecto “no deseado de la acción estatal”, también está presente en los relatos de los varones beneficiarios de programas sociales del partido de la Matanza (Scribano y De Sena, 2018).

Algunos entrevistados ven en la ayuda una extrañeza y expresan

“yo le digo a los muchachos jóvenes, esto es una ayuda, fue una ayuda siempre, pero es un trampolín para que la persona en un futuro busque trabajo” (Varón, 63 años, Laferrere).

Aquí aparece la relación entre lo que significa el programa para la persona y lo que realmente es. El entrevistado destaca que no es un trabajo y que se debe tomar de otra manera sobre todo como un paso para mejorar la propia vida. El entrevistado transmite a los jóvenes una enseñanza basada en su vivencia de lo que es trabajar porque considera “trabajar” desde otras perspectivas. Es claro que los jóvenes no entiendan esta idea de “mejorar la vida”: “un trampolín para que la persona en un futuro busque trabajo” (Varón, 63 años, Laferrere). Esto es así porque el entrevistado que habla de “trampolín” tiene más de 60 años y eso significa que conoce un poco la cultura del trabajo. En cambio en los relatos de varones jóvenes, menores de 30 años, se puede escribir la historia de los programas sociales en la Argentina a partir de sus vivencias:

“Antes de ese cobrábamos un plan, 18 años antes era, porque a los 18 ya cobrábamos 1200 de este que era Argentina Trabaja. Antes de eso cobrábamos un plan de 200 pesos que era a los 15 o 16 años, a esa edad ya se podía cobrar. Bueno a los 18 cuando coso me pasé y ese era el plan que no trabajábamos en ese, íbamos a las marchas así, no trabajábamos. Bueno después cuando ese programa de Argentina Trabaja se pasó bueno ahí ya cobré dos meses sin trabajar” “a mi papá” “le falta porque no tiene trabajo entonces él sigue yendo para poder jubilarse. Ya no es jubilación se llama adultos 65 años no es una jubilación... Si mi papá tiene esa porque él tiene, tenía diez años más de aportado y antes se podía con los diez años y podías pagar y podías cobrar un poco más pero ahora ya no se puede” (Varón, 28 años, Laferrere).

Es interesante el “*cobrábamos*” vinculado con la edad del entrevistado y sus 18 años a partir de los cuales rearma la historia de los programas que contribuyeron con su familia.

Conclusión

Nuestro trabajo es una primera aproximación a un estudio mucho más amplio que viene desarrollando en la Universidad Nacional de la Matanza la Dra. Angélica De Sena. La contribución está centrada en la masculinidad que habita una sociedad globalizada caracterizada por la dominación masculina que opera simbólicamente desde los Estados-



nación que se han convertido en Mercados-nación. Los que han logrado moldear los cuerpos y la vida de los sujetos con el fin de hacer “sociedades deseables”. Hemos revisado los relatos de los receptores varones de programas sociales en el municipio de La Matanza en los que observamos que los varones han incorporado a su relato la historia de los programas sociales al contar sus vidas a partir de éstos y porque estuvieron ahí cuando sus padres vivenciaron la intervención del Estado en sus vidas con el objetivo de paliar las necesidades que también se hacían carne en sus cuerpos. Observamos que en algún sentido estos programas son para ellos una ayuda y que los beneficiarios de más de 55 años los refieren como una salida al mundo del trabajo. En los relatos se observa que no miden la pérdida que ha tenido en sus vidas la figura de “proveedores exclusivos”. No detectan el modo en que los afectó significativamente en la intimidad, en la vida cotidiana y en la familia. De esta manera observamos que se ejerce un poder y una “violencia simbólica” en los cuerpos de estos varones que los insensibiliza e invisibiliza. Lo primero porque se incorporó en sus cuerpos normativas que se hicieron “hueso” y lo segundo porque son pocos los que ven en este accionar del Estado una forma de dominación. De tal manera se da esta invisibilidad que muchos “discursos sociales” consagran la idea de que un varón que cobra un programa social puede sentirse bien. Lejos están de sentirse bien personas cuyos relatos muestran que no saben cuál es su identidad. Considerar que alguien puede estar cómodamente en el mundo confundido olvida y desdeña el concepto de identidad.

Referencias

- ANTUNES, Ricardo (2005) Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo. Editorial Ediciones Herramienta- Taller de Estudios Laborales (TEL).
- AGUAYO, Francisco y SADLER, Michelle (2011) Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales Departamento de Antropología
- ANGENOT, Marc (2010) El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible. Siglo XXI Editores.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo. (2000) “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología” En Papers 62, p.p. 145-176. Barcelona.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo (2012) Emociones Universidad de Sevilla, España Sociopedia.isa Editorial Arrangement of sociopedia.isa)
- BOURDIEU, Pierre. (1998), La dominación masculina. Anagrama 2000. Barcelona. España.
- BUTLER, Judith. (1990), El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Buenos Aires. Paidós
- CASTEL, Roberto (1995) Las metamorfosis de la cuestión social Una crónica del salariado
- CENA, Rebeca (2017) Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos en Argentina: tensiones entre la provisión del bienestar y los cuidados. En Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales. Recuperado de <http://encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/324/265>
- CONNEL, Robert (1995) La organización social de la masculinidad. Trad. Jiménez, Oriana



- The Social Organization of Masculinity Universidad California Pess. Berkeley.
- DANANI, Claudia (2004) “El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y de la economía social. Introducción”, en *Política social y economía del trabajo*. Buenos Aires: UNGS/OSDE/Altamira, pp. 9-38.
- DE SENA, Angélica. (2016) *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido en emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Editora Estudios Sociológicos.
- DE SENA, Angélica. (2018) *La intervención social en el inicio del siglo XXI: Transferencias condicionadas en el orden global*. Estudios Sociológicos.
- DE SENA, Angélica (2018) Políticas sociales y microemprendimientos socio-productivos: Indicadores de Sustentabilidad. Ediciones CICCUS
- FULLER, Norma. (2012). Repensando el Machismo Latinoamericano. En Revista Masculinities and Social Change. Vol. 1 N° 2 Junio 2012 pp. 114-1 33.
- GAGO, Verónica (2014) La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular- la ed. - Buenos Aires: Tinta Limón ISBN 978-987-3687-03-7
- GERMINAL PAGURA, Nicolás. (2016) El concepto de “trabajo” en el capitalismo contemporáneo: una contraposición entre los planteos de Habermas/Gorz y los del autonomismo italiano Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte, núm. 25, 2016, pp. 43-72 Barranquilla, Colombia
- GRASSI, Estela (2003) Políticas de Asistencia Focalizadas en el Desempleo y la Pobreza. En Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década Infame (I). Buenos Aires. Espacio Editorial, pp.221-302
- MIZRAHI, Esteban, CALLEGARO, Adriana, DI LEO RAZUK, Andrés, GRASSO, Agustina, MC NAMARA, Rafael, QUADRINI, Mariana, VAL, María Alejandra. (2018) *Pensar El Fenómeno Narco: El Narcotráfico En Los Discursos Audiovisuales (2010 - 2015)*. Argentina: CLACSO, 2018. <http://www.jstor.org/stable/j.ctvn96fhr>.
- LAVA, M (2014) “Un recorrido posible por las políticas alimentarias. El caso de los programas y planes nacionales argentinos desde la década del ochenta hasta la actualidad”, en De Sena, Angélica *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20150331024555/Las_politicas_ebook.pdf
- LUNA ZAMORA R. (2007) “Emociones y subjetividades. Continuidades y discontinuidades en los modelos culturales”, en Luna, R. y Scribano, A. (Comp.) Contigo Aprendí... Estudios Sociales de las Emociones. Córdoba. CEA-CONICET- Universidad Nacional de Córdoba-CUSCH- Universidad de Guadalajara.
- OLAVARRÍA, José (2001) ¿Hombre a la deriva? Poder, trabajo y sexo. Chile FLACSO - Chile
- OSZLAK Oscar y O'DONNELL Guillermo (1981) Estado y Políticas Estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación. Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Documento G.E. CLACSO. Vol. 4, 1981: Buenos Aires, Argentina.
- OSZLAK, Oscar (1980) Políticas Públicas y Regímenes Políticos: Reflexiones a partir de algunas experiencias Latinoamericanas. Estudios CEDES, vol. 3, N° 2. 1980: Buenos Aires.



- RICOEUR, Paul (1999) Historia y narratividad Ediciones Paidós ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona. Buenos Aires. México
- SCRIBANO Adrián (2007) La Sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones En “Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones.” Adrián Scribano (Comp.) CEA-UNC – Jorge Sarmiento Editor. P.P 118-142. Marzo 2007 ISBN 987-572-067-4
- SCRIBANO, A y DE SENA, A (2013) “Los Planes de asistencia social en Buenos Aires: una mirada desde las políticas de los cuerpos y las emociones”, en, Aposta Revista de Ciencias Sociales Número 59 (correspondiente a octubre, noviembre y diciembre). ISSN 1696-7348. Madrid. España. Recuperado de <http://www.apostadigital.com/index.php>.
- SAYAK VALENCIA, Triana (2010) Capitalismo Gore. España Editorial Melusina
- TAMAYO SÁEZ, Manuel (1997) “El análisis de las políticas públicas” en Bañón, R y Carrillo, E (Comp) La nueva Administración Pública Alianza Universidad Madrid, 1997 Universidad Complutense de Madrid. Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- VAL, María Alejandra. (2017) Formas de lo masculino. En “Cine y Cambio Social. Imágenes Sociopolíticas de la Argentina” Adriana Calegaro, Andrés Di Leo Razuk y Esteban Mizrahi (comp). San Justo: Universidad Nacional de La Matanza; CABA: CLACSO, 2017. En CLACSO http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20170630011806/Cine_y_cambio_social.pdf
- VAL, María Alejandra (2018) El modo en que interpela el Estado a los varones En Mesa 24 - Políticas Sociales y Sociedad: Lecturas sociológicas. II Jornadas de Sociología UNVM.
- VAL, María Alejandra (2018) Las políticas sociales en tiempos de la convergencia tecnológica En Eje temático: 3- Transformaciones familiares, cambios legislativos y políticas públicas. En III Encuentro Interdisciplinario sobre Cuestión Social y Políticas Públicas Tandil 8 y 9 de junio de 2018 UNICEM.
- ZAMORA, R y MANSILLA, Lucia (2017) Desde la sociología de las emociones a la crítica de la impolítica En Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad N° 25 Año 9 Diciembre 2017. Marzo 2018 Argentina PP24-33

